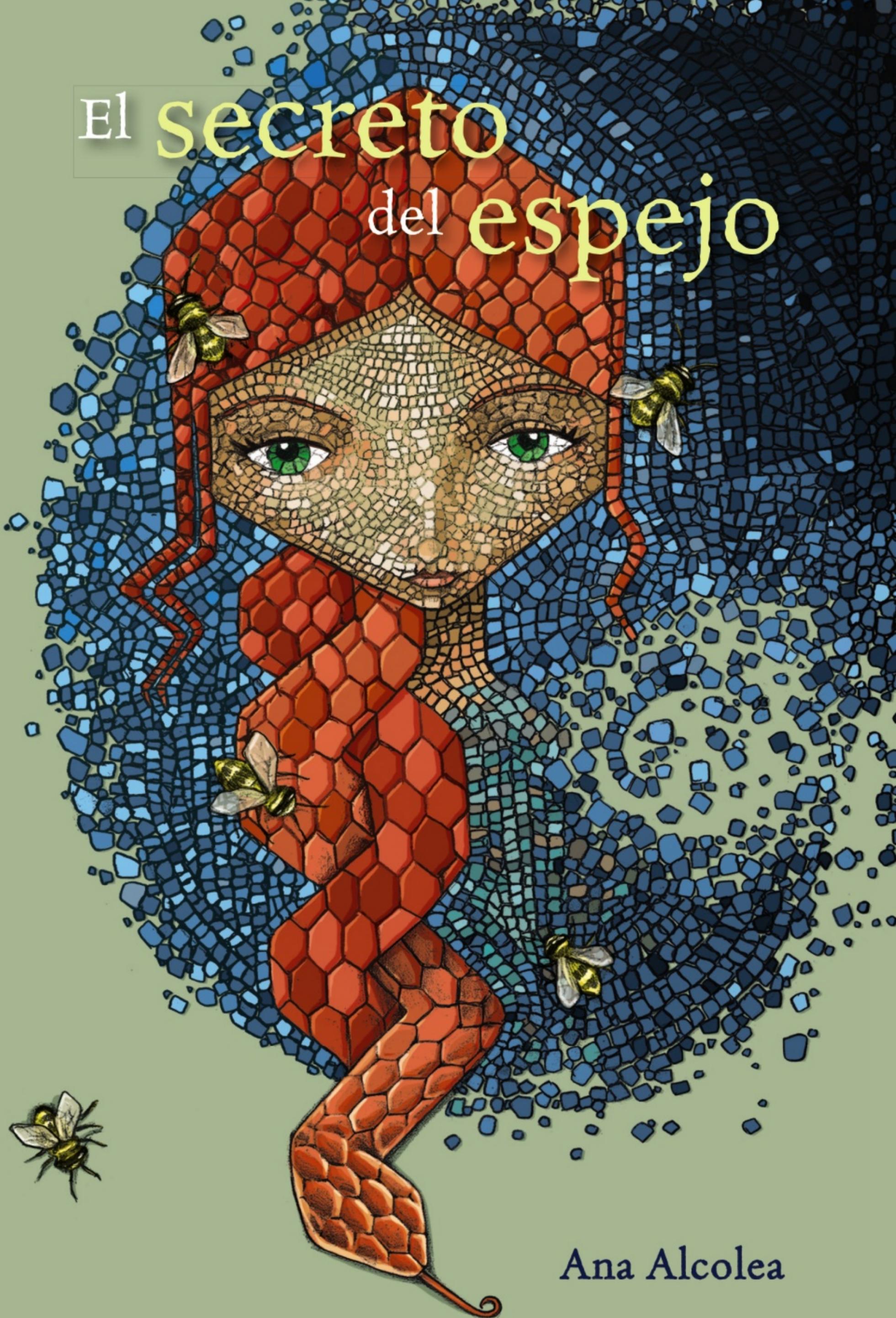


El secreto del espejo



Ana Alcolea

1.ª edición: septiembre 2016

© Del texto: Ana Alcolea, 2016
© De las ilustraciones: David Guirao, 2016
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2016
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-698-0883-2
Depósito legal: M-26503-2016
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ana Alcolea

El secreto del espejo



ANAYA

A la memoria de mi padre.

Corría entre los árboles. Sabía que no podía parar si quería salvar la vida. Su pecho subía y bajaba al ritmo de su respiración, que se iba haciendo cada vez más rápida y sonora. Yilda nunca había escuchado el sonido del aire cuando entraba y salía mecánicamente de su cuerpo. Pero ahora lo oía y le arañaba las entrañas. Nunca había sentido tanto miedo ni tanta necesidad de salir de un lugar. Miraba de vez en cuando hacia atrás para ver si sus perseguidores le seguían el rastro. Tropezó con una liana que se le enredó en el pie derecho. Se cayó y se quedó tendida unos segundos. Los latidos de su corazón no le dejaban percibir los sonidos del bosque. Hacía rato que había anochecido y solo la luz del astro plateado iluminaba su camino. La luna, a la que se encomendaba cada noche al acostarse. La diosa, que a veces estaba y a veces no. La luz protectora, que a veces se escondía cuando más la necesitaba, pero que esta vez guiaba sus pasos. Los suyos y los de sus perseguidores. Abrió la bolsa de cuero en la que había metido sus cosas, y comprobó que no se le había perdido nada. Allí estaba el viejo collar de conchas que le había hecho su abuela cuando era pequeña, el espejo en el que un día había descubierto su propio rostro, un saquito con algunas de las hierbas

medicinales que ayudaba a recoger durante su cautiverio, varios frascos con piedras que había aprendido a utilizar para curar los males y el puñal que había cogido del baúl de uno de sus perseguidores. Respiró lo más profundamente que pudo, miró de nuevo hacia atrás. Se quedó quieta e intentó escuchar pasos en la oscuridad. Nada. Tal vez los había conseguido esquivar. No obstante, siguió corriendo. Era lo que debía hacer. Correr. Correr. Correr hasta llegar a algún sitio donde nadie la conociera. Donde nadie supiera quién era. Correr hasta un lugar donde pudiera sentirse segura. Si es que existía ese lugar. Yilda corría y lloraba al mismo tiempo. Parte de su energía se escapaba por sus lágrimas, pero no podía dejar de llorar. Se sentía tan sola que no imaginaba que alguien se pudiera sentir más sola que ella. Más triste que ella. Más desesperada que ella.

Las ramas secas caídas de los árboles crujían bajo sus pies. Las tiras de cuero de sus sandalias empezaban a clavarse en los empeines y en los dedos. Uno de ellos le había empezado a sangrar. Le dolía, pero no se podía detener para curarse. Debía aprovechar la noche para alejarse lo más posible de la gruta en la que había vivido durante años, y de la que había conseguido escapar para huir de la muerte segura que la aguardaba al día siguiente. La luna era su aliada, como había sido siempre, pero también iluminaba a los hombres que la perseguían. Cerró los ojos y recordó cada minuto del día anterior. Recordó el rostro reflejado en el espejo y la voz que le había pedido que huyera. Recordó lo que había escuchado desde el otro lado de la puerta que nunca debía abrir. Yilda había oído solo unas cuantas palabras. Pero a veces unas pocas palabras pueden decir muchas cosas. Y las palabras «sacrificio», «luna», «Yilda» «conocimientos secretos», «debe mo-

rir», «mañana», lo significaban todo. Significaban la muerte. La suya. Entrar en el camino oscuro que conduce a la nada.

Abrió los ojos y comprobó que la senda que creaba su menudo cuerpo en el bosque era un camino oscuro que debía de parecerse al de la muerte. Este pensamiento hizo que su corazón volviera a palpitar más y más deprisa, y que su respiración se fuera ahogando entre las grietas que el aire le provocaba en la boca y en los pulmones. Le pareció que la luna se acercaba hasta ella, y que el suelo se alejaba más y más de sus pies. Sus ojos se cerraron y cayó entre la hojarasca, que la acogió y la cubrió como si arrojara a un recién nacido. Soñó que un rayo de plata iluminaba los árboles que había a su derecha y que todo lo demás quedaba oscurecido por las sombras. Soñó que los hombres de la cueva pasaban a su lado y no la veían. Soñó que tenía sed y que alguien que llevaba ropas azules le daba de beber. Soñó que tenía hambre y que alguien le daba de comer. Soñó que las nubes tapaban la luna y que empezaba a llover. Soñó con voces que se alejaban más y más. Voces que decían: «la hemos perdido para siempre», «el bosque la ha engullido», «nunca podrá salir de aquí», «nuestros saberes secretos están a salvo». Soñó que ella sonreía al escuchar esas palabras porque seguía viva, escondida y protegida por las hojas del bosque y por la luna, que se había marchado para que ninguna luz nocturna delatara su presencia.

Cuando despertó, su vestido y su manto estaban húmedos. Había llovido. Se levantó y vio que la noche estaba a punto de desaparecer. Un resplandor en el cielo cubierto de nubes le decía que el sol se acercaba y con él, el día. Debía darse prisa para encontrar un escondite en el que refugiarse durante las horas de luz. Y también tenía que hallar

comida y agua. La lluvia había creado varios charcos. Se agachó y bebió un agua que tenía el sabor de la tierra. Reconoció dos plantas cuyas raíces se podían comer. De los hombres de la cueva había aprendido mucho. Demasiado, según ellos, tanto que la querían matar por esa razón. Había aprendido a conocer las propiedades de las hierbas que crecen en el bosque. Sabía cuáles se podían comer y cuáles eran venenosas. También sabía cuáles podían curar e incluso las que podían enamorar. Se quitó la sandalia derecha y vio que la herida del dedo le sangraba. Cogió una hoja alargada de un arbusto y rodeó el dedo con ella. Se colocó la sandalia de nuevo, miró a su alrededor. No había nadie. Volvió a mirar al cielo. La luz empezaba a alumbrar las copas de los árboles. Tenía que encontrar un refugio, pero ¿dónde? El bosque era un laberinto sin caminos. No llevaba a ningún lado. Al menos ella no sabía dónde estaba la salida, si es que había una salida. Llevaba más de siete años en lo más recóndito de la floresta, y los hombres sabios apenas la dejaban salir de la cueva para ayudarles a recoger las plantas y los animales con los que investigaban. Las pocas veces que había salido era de día, pero ahora la noche lo escondía casi todo. Tenía apenas siete años cuando la llevaron allí desde su aldea. Y las noches en las que la luna se asomaba desde el balcón del cielo, hablaba con su madre, a la que imaginaba sentada junto a la diosa celeste, vigilando sus sueños. Era entonces cuando Yilda se daba cuenta de que aún tenía la capacidad de sonreír. Aunque su sonrisa no la viera nadie.

Ni siquiera la diosa.

Carlos saboreaba muy despacio el helado de frutas rojas del bosque. Observaba a Elena, que estaba en la mesa de al lado y que le sonreía cada vez que sus miradas se encontraban. A Carlos le gustaba pensar que respiraban el mismo oxígeno y que los iluminaban las mismas lámparas. Y que Elena comía el helado con la misma parsimonia que él. A Carlos le habría gustado estar sentado en la misma mesa que ella, pero el protocolo era el protocolo, le había dicho su madre. Él era el nieto del novio y tenía que estar en la mesa presidencial, con su abuelo, con sus tíos, con sus primos, con su madre y con Paquita.

Paquita era la novia. Una señora de setenta y cuatro años a la que su abuelo Nicolás había conocido en Benidorm unos meses antes. Habían decidido casarse y habían celebrado una boda con tarta, flores y tarjetas blancas de ribete dorado. Y con helado de frutas del bosque, que era el favorito de Paquita. Habían invitado a todos los amigos de los contrayentes que aún estaban vivos, que solo eran tres por cada lado. Y a la familia más cercana de ambos, que eran siete. Y a varios vecinos y a algún amigo de los hijos y de los nietos, para que la fiesta no quedara deslucida. Como Elena y sus padres, a los que Carlos había insistido en invitar a pesar de que a Marga, su madre, no le apetecía que hubiera como testigos de aquella boda personas a las que apenas conocía. Gente, según Marga, que sale en las fotos, que luego deja de formar parte del círculo familiar, y a quienes tienes que ver todos los días con un perifollo en el pelo o con una corbata imposible e invariablemente con una sonrisa artificial y absurda lanzada a la cámara de un fotógrafo, que es otro desconocido y que además te ha cobrado un dineral. Por eso Marga le había solicitado a su hijo que Elena se colocara para las fotografías en una esquina. No le había dicho el porqué, pero lo había hecho para poder recortarla a mano o con el Photoshop. Así no se notarían mucho los retoques que, estaba segura, tendría que hacer más pronto que tarde. Porque aunque a

Marga le caía muy bien Elena, estaba convencida de que Carlos y ella no durarían mucho juntos.

Elena sacó un espejito del bolso y se miró los labios, en los que quedaba un rastro blanco de helado y del merengue que lo rodeaba. Se quitó los restos, sacó la barra de brillo y a Carlos le pareció que su boca emitía un fulgor más iluminador que las lámparas halógenas del techo. Y más luminoso que todas las estrellas que salpicaban la bóveda celeste. La de verdad y la de su habitación, que tenía decorada con estrellas de papel fluorescente, y que miraba cada noche antes de cerrar los ojos y de pensar en Elena. Afortunadamente, ella no podía leerle sus pensamientos, le habría considerado un cursi.

Paquita, la novia, se acercó a Carlos y le dio un beso en la frente y le pellizcó el moflete derecho. Carlos odiaba que le dieran besos en la frente y que le pellizcaran los mofletes. No obstante, le sonrió a Paquita, que se acababa de casar con su abuelo Nicolás y que era una señora amable a la que le gustaban las artes marciales, especialmente el judo, como a él.

—A partir de ahora me podrás llamar abuela.

A Carlos le sorprendió la frase y no contestó. Se limitó a sonreír y a meterse en la boca otra cucharada de helado. Marga estaba a su lado y no dijo nada. Apuñaló con su cuchara la bola helada y roja, y sintió el frío con sabor a frambuesa en las muelas. Pensó que debería ir al dentista pero no dijo nada. No era el momento de hablar del dentista. Ni de que Paquita le sugiriera a su hijo que la llamara abuela.

—Y nada me haría más feliz que el hecho de que tú, querida Marga, me llamas mamá.

Marga notó que el frío del helado le atravesaba las muelas y le llegaba hasta el rincón del cerebro en el que se alojaban los recuerdos que guardaba de su propia madre.

—Me temo que eso no va a ser posible. No te ofendas, querida Paquita, pero ya tuve una madre. Y esa palabra no la voy a usar con

nadie más. Y Carlos nunca ha llamado «abuela» a nadie, así que creo que tampoco va a empezar ahora.

Los ojos de Paquita se humedecieron ligeramente. Nunca había tenido hijos y había pensado que su boda le aportaría el cariño de una hija. Sin duda se había equivocado.

—Bueno, no pasa nada —mintió, porque sí que pasaba algo.

Pasaba que tenía ganas de ir al cuarto de baño y de echarse a llorar. Pero tampoco era cuestión de hacerlo; más que nada porque no quería contarle a Nicolás su metedura de pata, y porque se le iba a estropear el maquillaje por el que había pagado ciento veinte euros en una peluquería del centro. Se conformó con volver a sentarse en su sitio y terminarse el helado, que ya se había derretido.

Marga no dijo nada más al respecto. Oyó el sonido de un wasap. Sacó discretamente el teléfono del bolso y lo miró. Era Federico, su exmarido, que le preguntaba por la boda. Contestó con un escueto «Bien» y guardó el móvil donde estaba. Carlos le dedicó una mirada recriminatoria y un gesto de boca torcida con el que quería decir: «Mamá, me has dicho que no mire el móvil mientras estamos en la mesa, y vas tú y lo sacas».

—Era tu padre —se justificó Marga.

—¿Y qué dice?

—Pregunta por la boda.

—¿Y qué le has dicho?

—Que bien.

—¿A esto le llamas tú «bien»?

Carlos señaló con la cabeza a su abuelo y a Paquita, que se acababan de levantar y se encaminaban al centro del salón. A él la pareja de los recién casados le parecía patética, pero en ningún momento se había atrevido a decir nada al respecto. Tenía muy claro que las decisiones de su abuelo no eran cosa suya. Nunca había asistido a la boda de personas de esa edad y le parecía raro.

Al principio, Carlos se había mostrado reticente ante la noticia del matrimonio. Estaba acostumbrado a tener a su abuelo para él. Lo compartía con sus primos, pero ellos vivían en Barcelona y no los veía mucho. A partir de la entrada en su vida de Paquita, las cosas habían empezado a ser diferentes, y don Nicolás ya no estaba siempre que se le requería. Elena le había dicho que su abuelo tenía derecho a rehacer su vida con Paquita, a vivir sus últimos años con alguien que le hiciera más o menos feliz, y que llenara sus horas vacías. Hasta entonces, Carlos no se había planteado que la soledad de los ancianos tiene muchos ratos en los que no pasa nada. Como él estaba siempre ocupado, estudiando, entrenando, saliendo con sus amigos, o con Elena, no se podía imaginar que el tiempo terminaba transformándolo todo. También las actividades, los intereses, los sentimientos, y la propia percepción de las horas.

Paquita y Nicolás acababan de tomar posición de manos, cinturas y cabezas para emprender el vals, que empezaba a sonar. Las luces se atenuaron, las voces de los invitados se callaron, y todos aplaudieron a los novios.

—Sé que estás pensando que tu abuelo y Paquita forman una pareja peculiar. No lo digas —le ordenó su madre.

—Yo no he abierto la boca. Pero, hablando de parejas peculiares, me parece, mamá, que tú no tienes mucho que decir. —Ante la mirada furibunda de su madre, Carlos se encogió de hombros, y señaló a los bailarines con la cabeza.

—¿Por qué no bailáis Elena y tú? —le preguntó Marga a Carlos.

—¿Bailar? No, no, mamá. Yo no he bailado nunca.

Elena se levantó y se acercó a la mesa. Era bailarina y en cuanto sonaban dos compases, su cuerpo se ponía en tensión, sus pies se colocaban de puntillas y sus manos se estiraban.

—¿Te apetece bailar, Carlos?

—Sí, claro. Por supuesto. —Ante la respuesta de su hijo, Marga abrió la boca y enarcó las cejas, pero no dijo nada—. Pero no sé cómo hacerlo.

—Solo tienes que dejarte llevar. Por la música y por mí.

Marga tuvo que contenerse para no echarse a reír. Su teléfono volvió a sonar, esta vez con una llamada. De nuevo era Federico. Le dijo que la echaba de menos y que llegaría a la ciudad cuatro días después. Que lo habían vuelto a contratar en el museo para trabajar sobre los hallazgos arqueológicos de una villa romana a las afueras, así que de nuevo serían compañeros. Eso significaba que volvería a tenerlo cerca, lo que la sacaba de quicio porque Federico era un culo de mal asiento y descolocaba y descentraba su vida más de lo que ella deseaba. La parte positiva era que así Carlos tenía cerca a su padre, y eso siempre estaba bien.

—¿Vas a trabajar en los objetos de la villa romana? Yo también. Me lo comunicó ayer la directora.

—¡Estupendo! —exclamó Federico al otro lado del teléfono—. Parece que han aparecido un par de cosas que no deberían estar allí.

—¿Qué quieres decir?

—Pues lo que he dicho. Que entre los restos de la villa hay un par de objetos que no acaban de corresponder con la época de los demás, según parece. Habrá que investigar. Formamos un buen equipo, Marga.

—Vale. Te veo cuando vengas. Ahora tengo que dejarte. Apenas te oigo. Papá y Paquita están bailando un vals. Y Carlos baila con Elena. Solo faltamos tú y yo.

—Nunca te ha gustado bailar —le contestó Federico.

—Es que tú nunca has sabido bailar conmigo. No eres muy musical. Siempre has tenido orejas en vez de oído.

—Gracias por tu amable comentario.

—Es la verdad. Y ahora basta. Nos vemos.

Marga colgó el teléfono, apoyó los codos en la mesa y observó a los bailarines. El contraste de las dos parejas le hizo pensar en lo cruel que es el tiempo. Los movimientos gráciles y estilizados de Elena provocaban que Carlos se deslizara por la pista con cierta gracia. Una ligereza que contrastaba con la lentitud y pesadez de los pasos de su padre y de Paquita. El pelo negro de Carlos, la cabeza blanca de su abuelo. Las arrugas pintadas de Paquita, la cara lavada de Elena. El rojo desigual de los labios de la novia, el brillo de la sonrisa de Elena. Y ella, Marga, sola, sentada en la mesa de unos novios que le provocaban un nudo en el estómago, a pesar de que ella había animado a su padre a casarse con aquella viuda que había conocido en un viaje del Imsero en Benidorm. Aquella viuda, Paquita, que le había sugerido minutos antes que la llamara «mamá». No. Hacía años que no usaba esa palabra y no pensaba volver a hacerlo. Nunca.

Al día siguiente era domingo y Carlos se quedó remoloneando en la cama un buen rato después de despertarse. Le había mandado un par de wasaps a Elena pero no estaba conectada todavía. Cogió un libro y se puso a leer. Le gustaba leer un ratito antes de dormirse y antes de levantarse. Le parecía que así veía el despertar del día a través de los ojos de los personajes. Así, le parecía que todo, incluida su vida y las de los demás, era más relativo y menos trascendental.

Marga se levantó temprano y con dolor de cabeza después de la boda de su padre con Paquita. Comprobó que su hijo aún seguía en su habitación y entró en el cuarto de baño. Se miró en el espejo. Acercó su cara para ver mejor las arrugas que estaba segura le habrían salido durante la cena en el restaurante. Debajo de los ojos, unas líneas de expresión bordeaban las pestañas inferiores. Estaba segura de que el día anterior por la mañana no estaban allí, y de que se las habían provocado los comentarios de Paquita. Pensó que

tenía que comprar uno de esos espejos que hay en los probadores de El Corte Inglés, en los que ni salen michelines ni arrugas. Se acordó del espejo de uno de los últimos hoteles en los que había estado en A Coruña. En él se veía más joven y más guapa que en ningún otro espejo de los que había probado. De hecho, le había preguntado al recepcionista que dónde lo habían comprado, pero el chico no tenía ni idea, y Marga se había quedado con las ganas de despegar el espejo de la pared y de llevárselo a su casa.

Sacó un CD y lo puso bajito en el aparato de música de la cocina mientras se preparaba el desayuno. Cerró la puerta para no despertar a Carlos. Cerró los ojos mientras escuchaba una canción que decía «you are the world for me» y pensó en que le habría gustado que algún día Federico le hubiera dicho algo parecido aunque no fuera verdad. También pensó que no estaría mal que el guapo tenor alemán que cantaba tan bien se lo dijera directamente a ella al oído, en lugar de decírselo a través de micrófonos, de altavoces y de un sistema magnético que no entendía.

—Cuánto has madrugado, mamá.

—Buenos días, Carlitos. ¿Te he despertado?

—No, mamá, ya llevo un rato despierto, pero no me llames Carlitos. Que ya soy mayor.

—Todos tenemos una edad. Algunos demasiada.

—¿Lo dices por la boda del abuelo?

—No. Lo digo por mí misma. Es como si de repente me viera vieja —le confesó Marga a su hijo, en una frase que nunca había pensado que pronunciaría ante él.

—Estás muy guapa y muy joven, mamá. —Carlos le dio un beso en la mejilla a su madre, que sonrió levemente y le removió el pelo hasta dejarlo completamente desordenado—. Eso dice Elena.

—Ya —respondió lacónica Marga, que se sentía en medio de la nada, entre Paquita y Elena—. ¿Lo pasasteis bien bailando el vals?

—Fue genial, sí. No me imaginaba yo que fuera capaz de bailar. Era fácil con ella, me iba llevando todo el tiempo con los brazos y con los pies.

—Yo creo que te llevaba con los ojos, porque no dejabais de miraros mientras bailabais. Elena es muy maja.

—Sí —contestó Carlos, que no quería hablar con su madre sobre Elena. Si seguían con la conversación, acabaría preguntándole si ya se habían besado y esas cosas, y Carlos no tenía ninguna intención de hablar de eso con su madre.

Abrió la nevera y sacó dos naranjas y el bote de mermelada. Exprimió la fruta. Cortó dos rebanadas de pan, en una se puso aceite y miel, y en la otra una cucharada de mermelada de melocotón con ciruela. Justo igual que había hecho su madre. Llenó la taza de leche fresca y se bebió la mitad de un trago, como hacía desde que era pequeño.

—Ayer llamé tu padre mientras bailabas con Elena.

—¿Y qué dijo? —preguntó el muchacho mientras masticaba un trozo de pan.

—No hables mientras comes. Mira que te lo tengo dicho.

—¿Que qué dijo papá? ¿Va a venir pronto?

—Esta semana —afirmó Marga con una sonrisa de oreja a oreja, que correspondía a la alegría que su hijo se iba a llevar con la noticia mucho más que a la suya propia.

—¡Bien!

—Vamos a trabajar juntos de nuevo en una investigación. Una villa romana a las afueras de la ciudad. Parece que han aparecido un montón de objetos interesantes, algunos de ellos un tanto extraños.

—¿Cómo que «extraños»?

—No lo sé exactamente. Eso fue lo que dijo tu padre. Cosas que no deberían estar donde han aparecido. Supongo que mañana sabré algo más. O al menos espero que mi jefa me lo cuente antes de que llegue tu padre de Italia.

—Me mandó un wasap ayer desde Sicilia, desde ese sitio en el que hay mosaicos romanos con chicas en bikini.

—Desde Piazza Armerina, sí. Pero no son exactamente chicas en bikini.

—Pues lo parecen. Mira la foto que me mandó.

Efectivamente, en la foto, tres jóvenes muchachas vestidas con lo que parecía un bikini estaban representadas en un mosaico que tenía más de dos mil años.

—¿Así que te manda esas fotos en vez de otras más, digamos, más interesantes culturalmente?

—A mí estas me parecen muy interesantes culturalmente, mamá. Demuestran que el bikini no se inventó en los años sesenta para tomar el sol en las playas del Mediterráneo, sino que ya los romanos, mejor dicho, las romanas, los utilizaban.

—Tu padre lleva una semana revisando unas restauraciones —explicó Marga mientras se servía un té e intentaba desviar el tema acerca de las chicas en dos piezas de los viejos mosaicos—. ¿Y qué te decía? Tu padre suele ser muy breve en sus mensajes.

—Decía que nos íbamos a ver muy pronto, y que traería limones de Sicilia.

—¿Limones? —Marga enarcó las cejas, sorprendida.

—Sí, eso dijo. No sé más. Supongo que los traerá en la maleta.

—Limones —repitió Marga a la vez que se sentaba para beberse el té—. En la maleta. Desde Sicilia.

Carlos se fue al baño y Marga se quedó sola en la cocina, pensando en por qué se había enamorado diecisiete años atrás de un hombre que se dedicaba a buscar estatuillas en el desierto, a mandarle a su hijo fotos de chicas en paños menores, aunque tuvieran dos mil años, y a traer limones sicilianos en las maletas.

